

por no tenerme, ni tenerte mas suspensa, sabrás que á esta isla llegó tu hermano Periandro; y sucesivamente le contó del modo que había llegado, los triunfos que alcanzó, los contrarios que venció, y los premios que ganó, del modo que ya queda contado: díjole tambien, cómo las gracias de su hermano Periandro habían despertado en ella un modo de deseo, que no llegaba á ser amor, sino benevolencia; pero que despues con la soledad y ociosidad, yendo y viniendo el pensamiento á contemplar sus gracias, el amor se le fué pintando, no como hombre particular, sino como á un príncipe, que si no lo era, merecía serlo: esta pintura me la grabó en el alma, y yo inadvertida dejé que me la grabase, sin hacerle resistencia alguna, y así poco á poco vine á quererle, á amarle y aun á adorarle, como he dicho.

Mas dijera Sinforosa, si no volviera Policarpa deseosa de entretener á Auristela, cantando al son de una arpa que en las manos traía: enmudeció Sinforosa, quedó perdida Auristela, pero el silencio de la una y el perdimiento de la otra no fueron parte para que dejasen de prestar atentos oídos á la sin par en música, Policarpa, que desta manera comenzó á cantar en su lengua lo que despues dijo el bárbaro Antonio, que en la castellana decia:

Cintia, si desengaños no son parte
Para cobrar la libertad perdida,
Da riendas al dolor, suelta la vida;
Que no es valor ni es honra el no quejarte.

Y el generoso ardor que parte á parte
Tiene tu libre voluntad rendida,
Será de tu silencio el homicida,
Cuando pienses por él eternizarte.

Salga con la doliente ánima fuera
La enferma voz; que es fuerza y es cordura
Decir la lengua lo que la alma toca.

Quejándote, sabrá el mundo siquiera
Cuán grande fué de amor tu calentura,
Pues salieron señales á la boca.

Ninguno como Sinforosa entendió los versos de Policarpa, la cual era sabidora de todos sus deseos; y puesto que tenía determinado de sepultarlos en las tinieblas del silencio, quiso aprovecharse del consejo de su hermana, diciendo á Auristela sus pensamientos, como ya se los había comenzado á decir. Muchas veces se quedaba Sinforosa con Auristela, dando á entender, que mas por cortés que por su gusto propio la acompañaba: en fin, una vez tornando á anudar la plática pasada, le dijo: Oyeme otra vez, señora mia, y no te cansen mis razones, que las que me bullen en el alma no dejan sosegar la lengua: reventaré si no las digo, y este temor, á pesar de mi crédito, hará que sepas que muero por tu hermano, cuyas virtudes de mí conocidas llevaron tras sí mis enamorados deseos; y sin entremeterme en saber quién son sus padres, la patria ó riquezas, ni el punto en que le ha levantado la fortuna, solamente atiendo á la mano liberal con que la naturaleza le ha enriquecido: por sí solo le quiero, por sí solo le amo, y por sí solo le adoro, y por tí sola, y por quien eres, te suplico que sin decir mal de mis precipitados pensamientos, me hagas el bien que pudieres: innumerables riquezas me dejó mi madre en su muerte, sin sabiduría de mi padre; hija soy de un rey, que puesto que sea por eleccion, en fin, es rey; la edad ya la ves, la hermosura no se te encubre, que tal cual es, ya que no merezca ser estimada, no merece ser aborrecida: dame, señora, á tu hermano por esposo, daréte yo á mí misma por hermana, repartiré contigo

mis riquezas, procuraré darte esposo, que despues, y aun ántes de los dias de mi padre, le elijan por rey los deste reino; y cuando esto no pueda ser, mis tesoros podrán comprar otros reinos. Teniale á Auristela de las manos Sinforosa, bañándose en lágrimas, en tanto que estas tiernas razones la decia: acompañábale en ellas Auristela, juzgando en sí misma cuáles y cuántos suelen ser los aprietos de un corazón enamorado; y aunque se le representaba en Sinforosa una enemiga, la tenía lástima; que un generoso pecho no quiere vengarse cuando puede, cuanto mas que Sinforosa no la había ofendido en cosa alguna que la obligase á venganza: su culpa era la suya, sus pensamientos los mismos que ella tenía, su intencion la que á ella traía desatinada: finalmente, no podía culparla, sin que ella primero no quedase convencida del mismo delito: lo que procuró apurar fué, si la había favorecido alguna vez, aunque fuese en cosas leves, ó si con la lengua ó con los ojos había descubierto su amorosa voluntad á su hermano. Sinforosa la respondió, que jamas había tenido atrevimiento de alzar los ojos á mirar á Periandro, sino con el recato que á ser quien era debía, y que al paso de sus ojos había andado el recato de su lengua. Bien creó eso, respondió Auristela, ¿pero es posible que él no ha dado muestras de quererte? si habrá, porque no le tengo por tan de piedra que no le enterezca y ablande una belleza tal como la tuya; y así soy de parecer que ántes que yo rompa esta dificultad, procures tú hablarle, dándole ocasion para ello con algun honesto favor: que tal vez los impensados favores despiertan y encienden los mas tibios y descuidados pechos; que si una vez él responde á tu deseo, seráme fácil á mí hacerle que de todo en todo le satisfaga: todos los principios, amiga, son dificultosos, y en los de amor dificultosísimos: no te aconsejo yo que te deshonestes ni te precipites, que los favores que hacen las doncellas á los que aman, por castos que sean, no lo parecen, y no se ha de aventurar la honra por el gusto; pero con todo esto puede mucho la discrecion: y el amor, sutil maestro de encaminar los pensamientos, á los mas turbados ofrece lugar y coyuntura de mostrarlos sin menoscabo de su crédito.

CAPITULO IV.

Donde se prosigue la historia y amores de Sinforosa.

Atenta estaba la enamorada Sinforosa á las discretas razones de Auristela, y no respondiendo á ellas, sino volviendo á anudar las del pasado razonamiento, le dijo: Mira, amiga y señora, hasta dónde llegó el amor que engendró en mi pecho el valor que conocí en tu hermano, que hice que un capitán de la guarda de mi padre le fuese á buscar y le trujese por fuerza ó de grado á mi presencia, y el navío en que se embarcó es el mismo en que tú llegaste, porque en él entre los muertos le hallado sin vida. Así debe de ser, respondió Auristela, que él me contó gran parte de lo que tú me has dicho, de modo que ya yo tenía noticia, aunque algo confusa, de tus pensamientos, los cuales si es posible quiero que sosiegues hasta que se los descubras á mi hermano, ó hasta que yo tome á cargo tu remedio, que será luego que me descubras lo que con él te hubiere sucedido, que ni á tí te faltará lugar para hablarle, ni á mí tampoco. De nuevo volvió Sinforosa á agradecer á Auristela su ofrecimiento, y de nuevo volvió Auristela á tenerle lás-

tima. En tanto que entre las dos esto pasaba, se las había Arnaldo con Clodio, que moria por turbar ó por deshacer los amorosos pensamientos de Arnaldo; y hallándole solo, si solo se puede hallar quien tiene ocupada el alma de amorosos deseos, le dijo: El otro dia te dije, señor, la poca seguridad que se puede tener de la voluble condicion de la mujeres, y que Auristela en efecto es mujer, aunque parece un ángel, y que Periandro es hombre, aunque sea su hermano; y no por esto quiero decir que engendres en tu pecho alguna mala sospecha, sino que cries algun discreto recato; y si por ventura te dieren lugar de que discurras por el camino de la razon, quiero que tal vez consideres quién eres, la soledad de tu padre, la falta que haces á tus vasallos, la contingencia en que te pones de perder tu reino, que es la misma en que está la nave donde falta el piloto que la gobierna: mira que los reyes están obligados á casarse, no con la hermosura, sino con el linaje; no con las riquezas, sino con la virtud, por la obligacion que tienen de dar buenos sucesores á sus reinos: desmenguá y apoca el respeto que se debe al príncipe el verle cojear en la sangre, y no basta decir que la grandeza del rey es en sí tan poderosa que iguala consigo misma la bajeza de la mujer que escogiere: el caballo y la yegua de casta generosa y conocida prometen crias de valor admirable, más que las no conocidas y de baja estirpe: entre la gente comun tiene lugar de mostrarse poderoso el gusto, pero no le ha de tener entre la noble: así que, ó señor mio, ó te vuelve á tu reino, ó procura con el recato no dejar engañarte, y perdona este atrevimiento, que ya que tengo fama de maldiciente y murmurador, no la quiero tener de mal intencionado: debajo de tu amparo me traes, al escudo de tu valor se ampara mi vida, con tu sombra no temo las inclemencias del cielo, que ya con mejores estrellas parece que va mejorando mi condicion hasta aquí depravada. Yo te agradezco, ó Clodio, dijo Arnaldo, el buen consejo que me has dado, pero no consiente ni permite el cielo que le reciba: Auristela es buena, Periandro es su hermano, y yo no quiero creer otra cosa, porque ella ha dicho que lo es, que para mí cualquiera cosa que dijere ha de ser verdad: yo la adoro sin disputa, que el abismo casi infinito de su hermosura lleva tras sí el de mis deseos, que no pueden parar sino en ella, y por ella he tenido, tengo y he de tener vida; así que, Clodio, no me aconsejes mas, porque tus palabras se llevarán los vientos, y mis obras te mostrarán cuán vanos serán para conmigo tus consejos. Encogió los hombros Clodio, bajó la cabeza y apartóse de su presencia, con propósito de no servir mas de consejero, porque el que lo ha de ser requiere tener tres calidades: la primera, autoridad, la segunda, prudencia, y la tercera ser llamado. Estas revoluciones, trazas y máquinas amorosas andaban en el palacio de Policarpa y en los pechos de los confusos amantes: Auristela celosa, Sinforosa enamorada, Periandro turbado, Arnaldo pertinaz y Mauricio haciendo dinisinos de volver á su patria contra la voluntad de Transilao, que no queria volver á la presencia de gente tan enemiga del buen decoro, como la de su tierra. Ladislao, su esposo, no osaba ni queria contradecirla; Antonio, el padre, moria por verse con sus hijos y mujer en España, y Rutilio en Italia su patria: todos deseaban, pero á ninguno se le cumplieron sus deseos: condicion de la naturaleza humana, que puesto

que Dios la crió perfecta, nosotros por nuestra culpa la hallamos siempre falta, la cual falta siempre la ha de haber mientras no dejáremos de desear.

Sucedió pues que casi de industria dió lugar Sinforosa á que Periandro se viese solo con Auristela, deseosa que se diese principio á tratar de su causa y á la vista de su pleito, en cuya sentencia consistia la de su vida ó muerte: las primeras palabras que Auristela dijo á Periandro, fueron: Esta nuestra peregrinacion, hermano y señor mio, tan llena de trabajos y sobresaltos, tan amenazadora de peligros, cada dia y cada momento me hace temer los de la muerte, y querria que diésemos traza de asegurar la vida, sosegándola en una parte; y ninguna hallo tan buena como esta donde estamos, que aquí se te ofrecen riquezas en abundancia, no en promesas, sino en verdad, y mujer noble y hermosísima en todo extremo, digna, no de que te ruegue como te ruega, sino de que tú la ruegues, la pidas y la procures. En tanto que Auristela esto decia, la miraba Periandro con tanta atencion, que no movia las pestañas de los ojos, corría muy apriesa con el discurso de su entendimiento para hallar dónde podrian ir encaminadas aquellas razones; pero pasando adelante con ellas Auristela, le sacó de su confusion, diciendo: Digo, hermano, que con este nombre te he de llamar en cualquier estado que tomes, digo, que Sinforosa te adora y te quiere por esposo: dice que tiene riquezas increíbles, y yo digo que tiene creible hermosura: digo creible, porque es tal, que no ha menester que exageraciones la levanten ni hipóboles la engrandezcan, y en lo que he echado de ver es de condicion blanda, de ingenio agudo y de proceder tan discreto como honesto: con todo esto que te he dicho, no dejo de conocer lo mucho que mereces, por ser quien eres; pero segun los casos presentes, no te estará mal esta compañía: fuera estamos de nuestra patria, tú perseguido de tu hermano, y yo de mi corta suerte; nuestro camino á Roma cuanto mas le procuramos, mas se dificulta y alarga; mi intencion no se muda, pero tiembla, y no querria que entre temores y peligros me asaltase la muerte, y así pienso acabar la vida en religion, y querria que tú la acabases en buen estado. Aquí dió fin Auristela á su razonamiento, y principio á unas lágrimas que desdecian y borran todo cuanto había dicho: sacó los brazos honestamente fuera de la colcha, tendiéndolos por el lecho, y volvió la cabeza á la parte contraria de donde estaba Periandro, el cual viendo estos extremos, y habiendo oido sus palabras, sin ser poderoso á otra cosa, se le quitó la vista de los ojos, se le anudó la garganta y se le trabó la lengua, y dió consigo en el suelo de rodillas, y arrojó la cabeza al lecho: volvió Auristela la suya, y viéndole desmayado le puso la mano en el rostro, y le enjugó las lágrimas, que sin que él lo sintiese hilo á hilo le bañaban las mejillas.

CAPITULO V.

De lo que pasó entre el rey Policarpa y su hija Sinforosa.

Efectos vemos en la naturaleza, de quien ignoramos las causas: adormécense ó entorpecense á unos los dientes de ver cortar con un cuchillo un paño; tiembla tal vez un hombre de un raton, y yo le he visto temblar de ver cortar un rábano, y á otro le he visto levantarse de una mesa de respeto por ver poner unas aceitunas: si se pregunta la causa, no hay saber decirla, y los que mas

piensan que aciertan á decirlo, es decir que las estrellas tienen cierta antipatía con la complexion de aquel hombre, que le inclina ó mueve á hacer aquellas acciones, temores y espantos, viendo las cosas sobredichas y otras semejantes, que á cada paso vemos. Una de las definiciones del hombre es decir que es animal risible, porque solo el hombre se rie, y no otro ningun animal; y yo digo, que tambien se puede decir que es animal llorable, animal que llora, y así como por la mucha risa descubre el poco entendimiento, por el mucho llorar el poco discurso. Por tres cosas es licito que llore el varon prudente: la una por haber pecado; la segunda, por alcanzar perdon dél; la tercera, por estar celoso: las demas lágrimas no dicen bien en un rostro grave. Veamos pues desmayado á Periandro, y ya que no llore de pecador ni arrepentido, llore de celoso, que no faltará quien disculpe sus lágrimas, y aun las enjague, como hizo Auristela, la cual con mas artificio que verdad le puso en aquel estado: volvió en fin en sí, y sintiendo pasos en la estancia volvió la cabeza, y vió á sus espaldas á Riela y á Constanza, que entraban á ver á Auristela, que lo tuvo á buena suerte, que á dejarle solo no hallara palabras con que responder á su señora, y así se fué á pensarlas y á considerar en los consejos que le había dado.

Estaba tambien Sinforosa con deseo de saber qué auto se habia proveido en la audiencia de amor, en la primera vista de su pleito, y sin duda que fuera la primera que entrara á ver á Auristela, y no Riela y Constanza; pero estorbósele llegar un recado de su padre el Rey, que le mandaba ir á su presencia luego y sin excusa alguna: obedecióle, fué á verle, y hallóle retirado y solo: hizola Policarpo sentar junto á sí, y al cabo de algun espacio que estuvo callando, con voz baja, como que se recataba de que no le oyesen, la dijo: Hija, puesto que tus pocos años no están obligados á sentir qué cosa sea esto que llaman amor, ni los muchos míos estén ya sujetos á su jurisdiccion, todavia tal vez sale de su curso la naturaleza, y se abrasan las niñas verdes, y se secan y consumen los viejos ancianos. Cuando esto oyó Sinforosa, imaginó sin duda que su padre sabía sus deseos; pero con todo eso calló, y no quiso interrumpirle hasta que mas se declarase; y en tanto que él se declaraba, á ella le estaba palpitando el corazon en el pecho. Signió pues su padre, diciendo: Despues, ó hija mia, que me faltó tu madre, me acogí á la sombra de tus regalos, cubrime con tu amparo, gobiérneme por tus consejos, y he guardado como has visto las leyes de la viudez con toda puntualidad y recato, tanto por el crédito de mi persona como por guardar la fe católica que profeso: pero despues que han venido estos nuevos huéspedes á nuestra ciudad se ha desconcertado el reloj de mi entendimiento, se ha turbado el curso de mi buena vida, y finalmente he caido desde la cumbre de mi presuncion discreta, hasta el abismo bajo de no sé qué deseos, que si los callo me matan, y si los digo me deshonoran: no mas suspension, hija, no mas silencio, amiga, no mas, y si quieres que mas haya, sea el decirte que muero por Auristela: el calor de su hermosura tierna ha encendido los huesos de mi edad madura, en las estrellas de sus ojos han tomado lumbre los míos ya oscuros, la gallardía de su persona ha alentado la flojedad de la mia. Querria, si fuese posible, á tí y á tu hermana daros una

madrastra, que su valor disculpe el dárosela: si tú vienes con mi parecer, no se me dará nada del qué dirán, y cuando por esta, si pareciere locura, me quitaren el reino, reine yo en los brazos de Auristela, que no habrá monarca en el mundo que se me iguale. Es mi intencion, hija, que tú se lo digas, y alcances della el sí que tanto me importa, que á lo que creo, no se le hará muy dificultoso el darle, si con su discrecion recompensa y contrapone mi autoridad á mis años, y mi riqueza á los suyos: bueno es ser reina, bueno es mandar, gusto dan las honras, y no todos los pasatiempos se cifran en los casamientos iguales. En albricias del sí que me has de traer desta embajada que llevas, te mando una mejora en tu suerte, que si eres discreta, como lo eres, no has de acertar á desealarla mejor. Mira, cuatro cosas ha de procurar tener y sustentar el hombre principal, y son: buena mujer, buena casa, buen caballo y buenas armas: las dos primeras, tan obligada está la mujer á procurallas como el varon, y aun mas, porque no ha de levantar la mujer al marido; sino el marido á la mujer. Las majestades, las grandezas altas no las aniquilan los casamientos humildes, porque en casándose igualan consigo á sus mujeres: así que séase Auristela quien fuere, que siendo mi esposa será reina, y su hermano Periandro mi cuñado, el cual dándotelo yo por esposo, y honrándole con título de mi cuñado, vendrás tú tambien á ser estimada, tanto por ser su esposa, como por ser mi hija. Pues ¿cómo sabes tú, señor, dijo Sinforosa, que no es Periandro casado, y ya que no lo sea, quiera serlo conmigo? De que no lo sea, respondió el Rey, me lo da á entender el verle andar peregrinando por extrañas tierras, cosa que lo estorban los casamientos grandes: de que lo quiera ser tuyo me lo certifica y asegura su discrecion, que es mucha, y caerá en la cuenta de lo que contigo gana; y pues la hermosura de su hermana la hace ser reina, no será mucho que la tuya le haga tu esposo.

Con estas últimas palabras y con esta grande promesa paladeó el Rey la esperanza de Sinforosa, y saboreóle el gusto de sus deseos; y así sin ir contra los de su padre, prometió ser casamentera, y admitió las albricias de lo que no tenia negociado: solo le dijo que mirase lo que hacia en darle por esposo á Periandro, que puesto que sus habilidades acreditaban su valor, todavia sería bueno no arrojarle, sin que primero la experiencia y el trato de algunos dias le asegurase; y diera ella porque en aquel punto se le dieran por esposo todo el bien que acertara á desearse en este mundo, los siglos que tuviera de vida; que las doncellas virtuosas y principales, uno dice la lengua y otro piensa el corazon. Esto pasaron Policarpo y su hija, y en otra estancia se movió otra conversacion y plática entre Rutilio y Clodio. Era Clodio, como se ha visto en lo que de su vida y costumbres queda escrito, hombre malicioso sobre discreto, de donde le nacia ser gentil maldiciente; que el tonto y simple, ni sabe murmurar ni maldecir: y aunque no es bien decir bien mal, como ya otra vez se ha dicho, con todo esto alaban al maldiciente discreto; que la agudeza maliciosa no hay conversacion que no la ponga en punto y dé sabor, como la sal á los manjares; y por lo ménos al maldiciente agudo, si le vituperan y condenan por perjudicial, no dejan de absol verle y alabarle por discreto. Este pues nuestro murmurador, á quien su lengua desterró de su patria

en compañía de la torpe y viciosa Rosamunda, habiendo dado igual pena el rey de Inglaterra á su maliciosa lengua, como á la torpeza de Rosamunda, hallándose solo con Rutilio, le dijo: Mira, Rutilio, necio es y muy necio el que descubriendo un secreto á otro, le pide encarecidamente que le calle porque le importa la vida en que lo que le dice no se sepa. Digo yo agora: ven acá, descubridor de tus pensamientos y derramador de tus secretos: si á tí, con importarte la vida como dices, los descubres al otro á quien se lo dices, que no le importa nada el descubrillos, ¿cómo quieres que los cierre y recoja debajo de la llave del silencio? ¿Qué mayor seguridad puedes tomar de que no se sepa lo que sabes, sino no decirlo? Todo esto sé, Rutilio, y con todo esto me salen á la lengua y á la boca ciertos pensamientos, que rabian porque los ponga en voz y los arroje en las plazas, ántes que se me pudran en el pecho ó reviente con ellos. Ven acá, Rutilio, ¿qué hace aquí este Arnaldo, siguiendo el cuerpo de Auristela, como si fuese su misma sombra, dejando su reino á la discrecion de su padre viejo, y quizá caduco, perdiéndose aquí, anegándose allí, llorando acá, suspirando acullá, lamentándose amargamente de la fortuna que él mismo se fabrica? ¿Qué dirémos desta Auristela y deste su hermano, mozos vagabundos, encubridores de su linaje, quizá por poner en duda si son ó no principales? Que el que está ausente de su patria, donde nadie le conoce, bien puede darse los padres que quisiere, y con la discrecion y artificio parecer en sus costumbres que son hijos del sol y de la luna. No niego yo que no sea virtud digna de alabanza mejorarse cada uno, pero ha de ser sin perjuicio de tercero: el honor y la alabanza son premios de la virtud, que siendo firme y sólida se le deben, mas no se le debe á la ficticia y hipócrita. ¿Quién puede ser este luchador, este esgrimador, este corredor y saltador, este Ganimedes, este lindo, este aquí vendido, acullá comprado; este Argos desta ternera de Auristela, que apenas nos la deja mirar por brújula, que ni sabemos ni hemos podido saber deste par tan sin par en hermosura, de dónde vienen ni á dónde van? Pero lo que mas me fatiga dellos es que por los once cielos que dicen que hay, te juro, Rutilio, que no me puedo persuadir que sean hermanos, y que puesto que lo sean, no puedo juzgar bien de que ande tan junta esta hermandad por mares, por tierras, por desiertos, por campañas, por hospedajes y mesones: lo que gastan sale de las alforjas, saquillos y repuestos llenos de pedazos de oro de las bárbaras Riela y Constanza: bien veo que aquella cruz de diamantes y aquellas dos perlas que trae Auristela valen un gran tesoro; pero no son prendas que se cambian y truecan por menudo; pues pensar que siempre han de hallar reyes que los hospeden y príncipes que los favorezcan, es hablar en lo excusado. Pues ¿qué dirémos, Rutilio, ahora de la fantasia de Transila y de la astrología de su padre, ella que revienta de valiente, y él que se precia de ser el mayor judiciario del mundo? Yo apostaré que Ladislao, su esposo de Transila, tomara ahora estar en su patria, en su casa y en su reposo, aunque pasara por el estatuto y condicion de los de su tierra, y no verse en la ajena á la discrecion del que quisiere darles lo que han menester; y este nuestro bárbaro español, en cuya arrogancia debe estar cifrada la valentía del orbe, yo pondré que si el cielo le lleva á su patria, que ha de hacer corrillos de gente, mostrando á

su mujer y á sus hijos envueltos en sus pellejos, pintando la isla bárbara en un lienzo, y señalando con una vara el lugar do estuvo encerrado quince años, la mazmorra de los prisioneros y la esperanza inútil y ridícula de los bárbaros y el incendio no pensado de la isla: bien así como hacen los que libres de la esclavitud turquesca, con las cadenas al hombro, habiéndolas quitado de los piés, cuentan sus desventuras con lastimeras voces y humildes plegarias en tierra de cristianos; pero esto pase, que aunque parezca que cuentan imposibles, á mayores peligros está sujeta la condicion humana, y los de un desterrado, por grandes que sean, pueden ser crederos. ¿Adónde vas á parar, ó Clodio? dijo Rutilio. Voy á parar, respondió Clodio, en decir de tí que mal podrás usar tu oficio en estas regiones, donde sus moradores no danzan ni tienen otros pasatiempos sino lo que les ofrece Baco en sus tazas risueño, y en sus bebidas lascivo: pararé tambien en mí, que habiendo escapado de la muerte por la benignidad del cielo, y por la cortesía de Arnaldo, ni al cielo doy gracias, ni á Arnaldo tampoco; ántes querria procurar que aunque fuese á costa de su desdicha, nosotros enmendásemos nuestra ventura: entre los pobres pueden durar las amistades, porque la igualdad de la fortuna sirve de eslabonar los corazones; pero entre los ricos y los pobres no puedo haber amistad duradera, por la desigualdad que hay entre la riqueza y la pobreza. Filósofo estás, Clodio, replicó Rutilio; pero yo no puedo imaginar qué medio podrémos tomar para mejorar, como dices, nuestra suerte, si ella comenzó á no ser buena desde nuestro nacimiento: yo no soy tan letrado como tú, pero bien alcanzo que los que nacen de padres humildes, si no los ayuda demasiadamente el cielo, ellos por sí solos pocas veces se levantan adonde sean señalados con el dedo, si la virtud no les da la mano; pero á tí, ¿quién te la ha de dar, si la mayor que tienes es decir mal de la misma virtud? ¿Y á mí quién me ha de levantar, pues cuando mas lo procure, no podré subir mas de lo que se alza una cabriola? Yo danzador, tú murmurador; yo condenado á la horca en mi patria, tú desterrado de la tuya por maldiciente: mira qué bien podrémos esperar que nos mejore. Suspensióse Clodio con las razones de Rutilio, con cuya suspension dió fin á este capítulo el autor desta grande historia.

CAPITULO VI.

Declara Sinforosa á Auristela los amores de su padre.

Todos tenian con quien comunicar sus pensamientos: Policarpo con su hija, y Clodio con Rutilio; solo el suspensado Periandro los comunicaba consigo mismo, que le engendraron tanto las razones de Auristela, que no sabía á cuál acudir, que le aliviase su pesadumbre. Válame Dios, ¿qué es esto, decia entre sí mismo, ha perdido el juicio Auristela? ¿ella mi casamentera! ¿cómo es posible que haya dado al olvido nuestros conciertos? ¿Qué tengo yo que ver con Sinforosa? Qué reinos ni qué riquezas me pueden á mi obligar á que deje á mi hermana Sigismunda, sino es dejando de ser yo Persiles? En pronunciando esta palabra, se mordió la lengua, y miró á todas partes á ver si alguno le escuchaba, y asegurándose que no, prosiguió diciendo: Sin duda Auristela está celosa, que los celos se engendran entre los que bien se quieren, del aire que pasa, del sol que toca y aun de la

tierra que se plsa. ¡Oh señora mía! mira lo que haces, no hagas agravio á tu valor ni á tu belleza, ni me quites á mí la gloria de mis firmes pensamientos, cuya honestidad y firmeza me va labrando una inestimable corona de verdadero amante: hermosa, rica y bien nacida es Sinforosa; pero en tu comparacion es fea, es pobre y de linaje humilde: considera, señora, que el amor nace y se engendra en nuestros pechos, ó por eleccion ó por destino: el que por destino, siempre está en su punto; el que por eleccion, puede crecer ó menguar, segun pueden menguar ó crecer las causas que nos obligan y mueven á querernos; y siendo esta verdad tan verdad, como lo es, hallo que mi amor no tiene términos que le encierren, ni palabras que le declaren: casi puedo decir que desde las mantillas y fajas de mi niñez te quise bien, y aquí pongo yo la razon del destino: con la edad y con el uso de la razon fué creciendo en mí el conocimiento, y fuéron creciendo en tí las partes que te hicieron amable: vilas, contemplélas, conocílas, grabélas en mi alma; y de la tuya y la mia hice un compuesto tan uno y tan solo, que estoy por decir que tendrá mucho que hacer la muerte en dividirlo: deja pues, bien mio, Sinforosas, no me ofrezcas ajenas hermosuras, ni me convides con imperios ni monarquías, ni dejes que suene en mis oídos el dulce nombre de hermano con que me llamas: todo esto que estoy diciendo entre mí, quisiera decírtelo á tí por los mismos términos con que lo voy fraguando en mi imaginacion; pero no será posible, porque la luz de tus ojos, y mas si me miran airados, ha de turbar mi vista y enmudecer mi lengua; mejor será escribírtelo en un papel, porque las razones serán siempre unas, y las podrás ver muchas veces, viendo siempre en ellas una verdad misma, una fe confirmada y un deseo loable y digno de ser creído, y así determino de escribirte. Quietóse con esto algun tanto, pareciéndole que con mas advertido discurso pondria su alma en la pluma que en la lengua.

Dejemos escribiendo á Periandro, y vamos á oír lo que dice Sinforosa á Auristela, la cual Sinforosa con deseo de saber lo que Periandro habia respondido á Auristela, procuró verse con ella á solas, y darle de camino noticia de la intencion de su padre, creyendo que apénas se la habria declarado, cuando alcanzase el sí de su cumplimiento, puesta en pensar que pocas veces se desprecian las riquezas ni los señoríos, especialmente de las mujeres, que por naturaleza, las mas, son codiciosas, como las mas son altivas y soberbias. Cuando Auristela vió á Sinforosa no le plugo mucho su llegada, porque no tenia qué responderle, por no haber visto mas á Periandro; pero Sinforosa ántes de tratar de su causa, quiso tratar de la de su padre, imaginándose que con aquellas nuevas que á Auristela la llevaba tan dignas de dar gusto, la tendria de su parte, en quien pensaba estar el todo de su buen suceso, y así le dijo: Sin duda alguna, bellísima Auristela, que los cielos te quieren bien, porque me parece que quieren llover sobre tí venturas y mas venturas: mi padre el Rey te adora, y conmigo te envía á decir que quiere ser tu esposo, y en albricias del sí que le has de dar, y yo se le he de llevar, me ha prometido á Periandro por esposo: ya, señora, eres reina, ya Periandro es mio, ya las riquezas te sobran, y si tus gustos en las canas de mi padre no te sobren, sobrarte han en los del mando y en los de los vasallos, que estarán continuo atentos á tu servicio. Mucho te he dicho, amiga y señora

mia, y mucho has de hacer por mí; que de un grau valor no se puede esperar ménos que un grande agradecimiento: comience en nosotras á verse en el mundo dos cuñadas que se quieren bien, y dos amigas que sin doblez se amen, que sí verán, si tu discrecion no se olvida de sí misma: y dime agora, qué es lo que respondió tu hermano á lo que de mí le dijiste, que estoy confiada de la buena respuesta, porque bien simple sería el que no recibiese tus consejos como de un oráculo. A lo que respondió Auristela: Mi hermano Periandro es agradecido como principal caballero, y es discreto como andante peregrino: que el ver mucho y el leer mucho aviva los ingenios de los hombres; mis trabajos y los de mi hermano nos van leyendo en cuánto debemos estimar el sosiego, y pues que el que nos ofreces es tal, sin duda imagino que le habrémos de admitir; pero hasta ahora no me ha respondido nada Periandro, ni sé de su voluntad cosa que pueda alentar tu esperanza ni desmayarla. Da, ó bella Sinforosa, algun tiempo al tiempo, y déjanos considerar el bien de tus promesas, porque puestas en obra sepamos estimarlas: las obras que no se han de hacer mas de una vez, si se yerran, no se pueden enmendar en la segunda, pues no la tienen, y el casamiento es una destas acciones: y así es menester que se considere bien ántes que se haga, puesto que los términos desta consideracion los doy por pasados, y hallo que tú alcanzarás tus deseos, y yo admitiré tus promesas y consejos; y vete, hermana, y haz llamar de mi parte á Periandro, que quiero saber dél alegres nuevas que decirte, y aconsejarme con con él de lo que me conviene, como con hermano mayor, á quien debo tener respeto y obediencia. Abrazóla Sinforosa, y dejola, por hacer venir á Periandro á que la viese, el cual en este tiempo encerrado y solo habia tomado la pluma, y de muchos principios que en un papel borró y tornó á escribir, quitó y añadió, en fin salió con uno que se dice decia desta manera:

«No he osado fiar de mi lengua lo que de mi pluma, ni aun della fio algo, pues no puede escribir cosa que sea de momento, el que por instantes está esperando la muerte: ahora vengo á conocer que no todos los discretos saben aconsejar en todos los casos, aquellos sí, que tienen experiencia en aquellos sobre quien se les pide el consejo. Perdóname, que no admito el tuyo por parecerme, ó que no me conoces, ó que te has olvidado de tí misma: vuelve, señora, en tí, y no te haga una vana presuncion celosa salir de los límites de la gravedad y peso de tu raro entendimiento. Considera quién eres, y no te se olvide de quien yo soy; y verás en tí el término del valor que puede desearse, y en mí el amor y la firmeza que puede imaginarse; y fiándote en esta consideracion discreta, no temas que ajenas hermosuras me enciendan, ni imagines que á tu incomparable virtud y belleza otra alguna se anteponga: sigamos nuestro viaje, cumplamos nuestro voto, y quedense aparte celos infructuosos y mal nacidas sospechas: la partida desta tierra solicitaré con toda diligencia y brevedad, porque me parece que en salir della, saldré del infierno de mi tormento á la gloria de verte sin celos.»

Esto fué lo que escribió Periandro, y lo que dejó en limpio al cabo de haber hecho seis borradores; y doblando el papel se fué á ver á Auristela, de cuya parte ya le habian llamado.

CAPITULO VII.

Donde Rutilio enamorado de Policarpa y Clodio de Auristela, las escriben declarándolas sus amores. Rutilio conoce ser atrevimiento y rompe su papel sin darle; pero Clodio determina dar el suyo.

Rutilio y Clodio, aquellos dos que querian enmendar su humilde fortuna, confiados el uno de su ingenio, y el otro de su poca vergüenza, se imaginaron merecedores, el uno de Policarpa y el otro de Auristela: á Rutilio le contentó mucho la voz y el donaire de Policarpa, y á Clodio la sin igual belleza de Auristela, y andaban buscando ocasion cómo descubrir su pensamientos, sin que les viniese mal por declararlos; que es bien que tema un hombre bajo y humilde, que se atreve á decir á una mujer principal lo que no habia de atreverse á pensarlo siquiera; pero tal vez acontece que la desenvoltura de una poco honesta, aunque principal señora, da motivo á que un hombre humilde y bajo ponga en ella los ojos y le declare sus pensamientos: ha de ser anejo á la mujer principal el ser grave, el ser compuesta y recatada, sin que por esto sea soberbia, desabrida y descuidada; tanto ha de parecer mas humilde y mas grave una mujer, cuanto es mas señora; pero en estos dos caballeros y nuevos amantes no nacieron sus deseos de las desenvolturas y poca gravedad de sus señoras: pero nazcan de do nacieren, Rutilio en fin escribió un papel á Policarpa y Clodio á Auristela, del tenor que se sigue:

RUTILIO Á POLICARPA.

«Señora, yo soy extranjero, y aunque te diga grandezas de mi linaje, como no tengo testigos que las confirmen, quizá no hallarán crédito en tu pecho, aunque para confirmacion de que soy ilustre en linaje, basta que he tenido atrevimiento de decirte que te adoro: mira qué pruebas quieres que haga para confirmarte en esta verdad, que á tí estará el pedir las y á mí el hacerlas; y pues te quiero para esposa, imagina que deseo como quien soy, y que merezco como deseo; que de altos espíritus es aspirar á las cosas altas: dame siquiera con los ojos respuesta deste papel, que en la blandura ó rigor de tu vista veré la sentencia de mi muerte ó de mi vida.»

Cerró el papel Rutilio con intencion de dársele á Policarpa, arrimándose al parecer de los que dicen: Díselo tú una vez, que no faltará quien se lo acuerde ciento: mostróselo primero á Clodio, y Clodio le mostró á él otro que para Auristela tenia escrito, que es este que se sigue:

CLODIO Á AURISTELA.

«Unos entran en la red amorosa con el cebo de la hermosura, otros con los del donaire y gentileza, otros con los del valor que consideran en la persona á quien determinan rendir su voluntad; pero yo por diferente manera he puesto mi garganta á su yugo, mi cerviz á su coyunda, mi voluntad á sus fueros y mis pies á sus grillos, que ha sido por la de la lástima: que ¿cuál es el corazon de piedra que no la tendrá, hermosa señora, de verte vendida y comprada, y en tan estrechos pasos puesta, que has llegado al último de la vida por momentos: el hierro y despiadado acero ha amenazado tu garganta, el fuego ha abrasado las ropas de tus vestidos, la nieve tal vez te ha tenido yerta, y la hambre enflaquecida y de amarilla tez cubiertas las rosas de tus me-

»jillas, y finalmente el agua te ha sorbido y vomitado; y estos trabajos no sé con qué fuerzas los llevas, pues no te las pueden dar las pocas de un rey vagabundo y que te sigue por solo el interes de gozarte; ni las de tu hermano, si lo es, son tantas, que te puedan alentar en tus miserias: no fies, señora, de promesas remotas, y arrímate á las esperanzas propincuas, y escoge un modo de vida que te asegure la que el cielo quisiere darte: mozo soy, habilidad tengo para saber vivir en los últimos rincones de la tierra, yo daré traza cómo sacarte desta, y librate de las importunaciones de Arnaldo, y sacándote deste Egipto, te llevaré á la tierra de promision, que es España ó Francia ó Italia, ya que no puedo vivir en Inglaterra, dulce y amada patria mia; y sobre todo me ofrezco á ser tu esposo, y desde luego te acepto por mi esposa.»

Habiendo oido Rutilio el papel de Clodio, dijo: Verdaderamente nosotros estamos faltos de juicio, pues nos queremos persuadir que podemos subir al cielo sin alas, pues las que nos da nuestra pretension son las de la hormiga. Mira, Clodio: yo soy de parecer que rasnemos estos papeles, pues no nos ha forzado á escribirlos ninguna fuerza amorosa, sino una ociosa y baldía voluntad; porque el amor ni nace ni puede crecer, sino es al arrimo de la esperanza, y faltando ella falta él de todo punto, ¿pues por qué queremos aventurarnos á perder y no á ganar en esta empresa? que el declararla, y el ver á nuestras gargantas arrimado el cordel ó el cuchillo, ha de ser todo uno: demas que por mostrarnos enamorados, habrémos de parecer sobre desagradecidos traidores: ¿tú no ves la distancia que hay de un maestro de danzar, que enmendó su oficio con aprender el de platero, á una hija de un rey? ¿y la que hay de un desterado murmurador, á la que desecha y menosprecia reinos? Mordámonos la lengua, y llegue nuestro arrepentimiento á do ha llegado nuestra necedad: á lo ménos este mi papel se dará primero al fuego ó al viento que á Policarpa. Haz tú lo que quisieres del tuyo, respondió Clodio, que el mio aunque no le dé á Auristela, le pienso guardar por honra de mi ingenio; aunque temo que si no se le doy, toda la vida me ha de morder la conciencia de haber tenido este arrepentimiento, porque el tentar no todas las veces daña.

Estas razones pasaron entre los dos fingidos amantes, y atrevidos y necios de véras. Llegóse en fin el punto de hablar á solas Periandro con Auristela, y entró á verla con intencion de darle el papel que habia escrito; pero así como la vió, olvidándose de todos los discursos y disculpas que llevaba prevenidas, le dijo: Señora, mírame bien, que yo soy Periandro, que fuí el que fué Persiles; y soy el que tú quieres que sea Periandro: el ñudo con que están atadas nuestras voluntades nadie le puede desatar sino la muerte, y siendo esto así, ¿de qué te sirve darme consejos tan contrarios á esta verdad? Por todos los cielos y por tí misma, mas hermosa que ellos, te ruego que no nombres mas á Sinforosa, ni imagines que su belleza ni sus tesoros han de ser parte á que yo olvide las minas de tus virtudes, y la hermosura incomparable tuya, así del cuerpo como del alma; esta mia, que respira por la tuya, te ofrezco de nuevo, no con mayores ventajas que aquellas con que te la ofrecí la vez primera que mis ojos te vieron, porque no hay cláu-